

MIGUEL
DE
UNAMUNO



NADA MENOS QUE
TODO UN HOMBRE

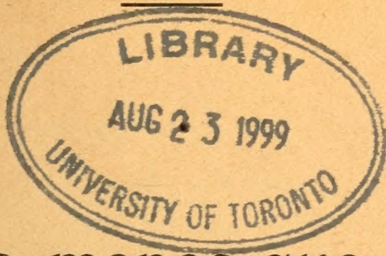


A NOVELA LITERARIA
BUENOS AIRES

Cap. 20 - Int. 25 cts.

Nada menos que todo un hombre

MIGUEL DE UNAMUNO



Nada menos que todo un hombre

NOVELA



LA NOVELA LITERARIA
BUENOS AIRES



Del grande y querido don Miguel, maestro de juventud, es esta novelita tan llena de calor y originalidad. Unamuno es una de las más altas y generosas mentalidades de la España nueva, esa España sin frailes ni toros que presentimos palpitante y latente por surgir sobre las ruinas que hoy la ahogan.

Digno del fuerte Unamuno es el personaje protagonista de esta obra; hermoso perfil de plebeyo, formado en la lucha por la vida y que constrasta con el del noble, prototipo de noble: simple y ñoño.

Tan vehemente y combativo como en sus años mozos, este Unamuno, recio como una encina de su tierra vasca, es calurosamente discutido; pero bien puede estar seguro que las nuevas generaciones de América se le dan con amor. Sus arrestos briosos, su perpetuo renovarse, las entusiasma.

Y no sólo abate Unamuno, crea también. Si en una mano empuña el garrote, lleva la otra abarrotada de ideas que lanza a la ventura, pródigamente. Es un pensante creador de belleza: "Amor y Pedagogía", "La Vida de Don Quijote y Sancho", "Ensayos", "Paz en la Guerra", "Niebla..." y tantos otros libros enjundiosos, así lo atestiguan.

Nada menos que todo un hombre

La fama de la hermosura de Julia estaba esparcida por toda la comarca que ceñía a la vieja ciudad de Renada; era Julia algo así como su belleza oficial, o como un monumento más, pero viviente y fresco, entre los tesoros arquitectónicos de la capital. "Voy a Renada, — decían algunos, — a ver la catedral y a ver a Julia Yáñez". Había en los ojos de la hermosa como un agüero de tragedia. Su porte inquietaba a cuantos la miraban. Los viejos se entristecían al verla pasar, arrastrando tras de sí las miradas de todos, y los mozos se dormían aquella noche más tarde. Y ella, consciente de su poder, sentía sobre sí la pesadumbre de un porvenir fatal. Una voz muy recóndita, escapada de lo más profundo de su conciencia, parecía decirle: "¡Tu hermosura te perderá!". Y se distraía para no oirla.

El padre de la hermosura regional, don Victorino Yáñez, sujeto de muy brumosos antecedentes morales, tenía puestas en la hija todas sus últimas y definitivas esperanzas de redención económica. Era agente de negocios, y éstos le iban de mal en peor. Su último y supremo negocio, la última carta que le quedaba por jugar era la hija. Tenía también un hijo, pero era cosa perdida, y hacía tiempo que ignoraba su paradero.

—Ya no nos queda más que Julia, — solía decirle a su mujer: — Todo depende de cómo se nos case o de cómo

la casemos. Si hace una tontería, y me temo que la haga, estamos perdidos.

—¿Y a qué llamas hacer una tontería?

—Ya saliste tú con otra. Cuando digo que apenas si tienes sentido común, Anacleta...

—¡Y qué le voy a hacer, Victorino! Ilústrame tú, que eres aquí el único de algún talento.

—Pues lo que aquí hace falta, ya te lo he dicho cien veces, es que vigiles a Julia y le impidas que ande con esos noviazgos estúpidos, en que pierden el tiempo, las proporciones y hasta la salud las renatenses todas. No quiero nada de reja; nada de pelar la pava; nada de novios estudiantillos.

—¿Y qué le voy a hacer?

—¿Qué le vas a hacer? Hacerla comprender que el porvenir y el bienestar de todos nosotros, de tí y mío, y la honra, acaso, ¿lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—¡No, no lo entiendes! La honra, ¿lo oyes?, la honra de la familia depende de su casamiento. Es menester que se haga valer.

—¡Pobrecilla!

—¿Pobrecilla? Lo que hace falta es que no empiece a echarse novios absurdos, y que no lea esas novelas disparatadas que lee, y que no hacen sino levantarle los cascos y llenarle la cabeza de humo.

—¿Pero qué quieres que haga?...

—Pensar con juicio, y darse cuenta de lo que tiene con su hermosura, y saber aprovecharla.

—Pues yo, a su edad...

—¡Vamos, Anacleta, no digas más necedades! No abres la boca más que para decir majaderías. Tú, a su edad... Tú, a su edad... Mira que te conocí entonces...

—Sí, por desgracia...

Y separábanse los padres de la hermosura para recomenzar al siguiente día una conversación parecida.

Y la pobre Julia sufría, comprendiendo toda la hórrida hondura de los cálculos de su padre. "Me quiere vender, — se decía, — para salvar sus negocios comprometidos; para salvarse acaso del presidio". Y así era.

Y por instinto de rebelión, aceptó Julia al primer novio.

—Mira, por Dios, hija mía, — le dijo su madre, — que ya sé lo que hay, y le he visto rondando la casa, y hacerte señas, y sé que recibiste una carta suya, y que le contestaste...

—¿Y qué voy a hacer mamá? ¿Vivir como una esclava, prisionera, hasta que venga el sultán a quien papá me venda?

—No digas esas cosas, hija mía...

—¿No he de poder tener un novio, como le tienen las demás?

—Sí, pero un novio formal.

—¿Y cómo se va a saber si es formal o no? Lo primero es empezar. Para llegar a quererse, hay que tratarse antes.

—Quererse..., quererse...

—Vamos, sí, que debo esperar al comprador.

—Ni contigo ni con tu padre se puede. Así sois los Yáñez. ¡Ay, el día que me casé!

—Es lo que yo no quiero tener que decir un día.

Y la madre entonces la dejaba. Y ella, Julia, se atrevió, afrontándolo todo, a bajar a hablar con el primer novio a una ventana del piso bajo, en una especie de lonja. "Si mi padre nos sorprende así, — pensaba, — es capaz de cualquier barbaridad conmigo. Pero, mejor; así se sabrá que soy una víctima, que quiere espe-

cular con mi hermosura''. Bajó a la ventana, y en aquella primera entrevista le contó a Enrique, un incipiente tenorio renatense, todas las lóbregas miserias morales de su hogar. Venía a salvarla, a redimirla. Y Enrique sintió, a pesar de su embobecimiento por la hermosa, que le abatían los bríos. ''A esta mocita, — se dijo él, — le da por lo trágico; lee novelas sentimentales''. Y una vez que logró que se supiera en toda Renada cómo la consagrada hermosura regional le había admitido a su ventana, buscó medio de desentenderse del compromiso.

Bien pronto lo encontró. Porque una mañana bajó Julia descompuesta, con los espléndidos ojos enrojecidos, y le dijo:

—Ay, Enrique; esto no se puede ya tolerar; esto no es casa ni familia; esto es un infierno. Mi padre se ha enterado de nuestras relaciones, y está furioso. ¡Figúrate que anoche, porque me defendí, llegó a pegarme!

—¡Qué bárbaro!

—No lo sabes bien. Y dijo que te ibas a ver con él...

—¡A ver, que venga! Pues no faltaba más.

Mas, por lo bajo, se dijo: ''Hay que acabar con esto, porque ese ogro es capaz de cualquier atrocidad, si ve que le van a quiatr su tesoro; y como yo no puedo sacarle de trampas...''

—Di, Enrique, ¿tú me quieres?

—¡Vaya una pregunta ahora!...

—Contesta, ¿me quieres?

—¡Con todo el alma y con todo el cuerpo, nena!

—¿Pero de veras?

—¡Y tan de veras!

—¿Estás dispuesto a todo por mí?

—¡A todo, sí!

—Pues bien, róbame, llévame. Tenemos que escapar-

nos; pero lejos, muy lejos, adonde no pueda llegar mi padre.

—¡Repórtate, chiquilla!

—¡No, no; róbame; si me quieres, róbame! ¡Róbale a mi padre su tesoro, y que no pueda venderlo! ¡No quiero ser vendida; quiero ser robada! ¡Róbame!

Y se pusieron a concertar la huída.

Pero al siguiente día, el fijado para la fuga, y cuando Julia tenía preparado su hatito de ropa, y hasta avisado secretamente el coche, Enrique no compareció. "¡Cobarde, más que cobarde! ¡Vil, más que vil! — se decía la pobre Julia, echada sobre la cama y mordiendo de rabia la almohada. — ¡Y decía quererme! No, no me quería a mí; quería mi hermosura. ¡Y ni esto! Lo que quería es jactarse ante toda Renada de que yo, Julia Yáñez, ¡nada menos que yo!, le había aceptado por novio. Y ahora irá diciendo cómo le propuse la fuga. ¡Vil, vil, vil! ¡Vil como mi padre; vil como hombre!" Y cayó en mayor desesperación.

—Ya veo, hija mía, — le dijo su madre, — que eso ha acabado; y doy gracias a Dios por ello. Pero mira, tiene razón tu padre; si sigues así, no harás más que desacreditarte.

—¿Si sigo cómo?

—Así, admitiendo al primero que te solicite. Adquiriste fama de coqueta y...

—Y mejor, madre, mejor. Así acudirán más. Sobre todo, mientras no pierda lo que Dios me ha dado.

—¡Ay, ay! De la casta de tu padre, hija.

Y, en efecto, poco después admitía a otro pretendiente a novio. Al cual le hizo las mismas confidencias, y le alarmó lo mismo que a Enrique. Sólo que Pedro era de más recio corazón. Y por los mismos pasos contados llegó a proponerle lo de la fuga.

—Mira, Julia, — le dijo Pedro, — yo no me opongo a que nos fuguemos; es más, estoy encantado con ello, ¡figúrate tú! Pero, y después que nos hayamos fugado, ¿adónde vamos, qué hacemos?

—¡Eso se verá!

—¡No; eso se verá, no! Hay que verlo ahora. Yo, hoy por hoy, y durante algún tiempo, no tengo de qué mantenerte; en mi casa sé que no nos admitirían; ¡y en cuanto a tu padre!... De modo que, dime, ¿qué hacemos después de la fuga?

—¿Qué? ¿No vas a volverte atrás?

—¿Qué hacemos?

—¿No vas a acobardarte?

—¿Qué hacemos, di?

—Pues... ¡suicidarnos!

—¡Tú estás loca, Julia!

—Loca, sí; loca de desesperación, loca de asco, loca de horror a este padre que me quiere vender... Y si tú estuvieses loco, loco de amor por mí, te suicidarías conmigo.

—Pero advierte, Julia, que tú quieres que esté loco de amor por ti para suicidarme contigo, y tú no dices que te suicidarás conmigo por estar loca de amor por mí, sino loca de asco a tu padre y a tu casa. ¡No es lo mismo!

—¡Ah! ¡Qué bien discurres! ¡El amor no discurre!

Y rompieron también sus relaciones. Y Julia se decía: "Tampoco éste me quería a mí, tampoco éste. Se enamoran de mi hermosura, no de mí. ¡Yo doy cartel!" Y lloraba amargamente.

—¿Ves, hija mía, — le dijo su madre; — no lo decía? ¡Ya va otro!

—E irán cien, mamá; ciento, sí, hasta que encuentre

el mío, el que me liberte de vosotros. ¡Querer venderme!

—Eso díselo a tu padre.

Y se fué doña Anacleta a llorar a su cuarto, a solas.

—Mira, hija mía, — le dijo, al fín, a Julia su padre, — he dejado pasar eso de tus dos novios, y no he tomado las medidas que debiera; pero te advierto que no voy a tolerar más tonterías de esas. Conque ya lo sabes.

—¡Pues hay más! — exclamó la hija con amarga sorna y mirando a los ojos de su padre en son de desafío.

—¿Y qué hay? — preguntó éste, amenazador.

—Hay... ¡que me ha salido otro novio!

—¿Otro? ¿Quién?

—¿Quién? ¿A qué no aciertas quién?

—Vamos, no te burles, y acaba, que me estás haciendo perder la paciencia.

—Pues nada menos que don Alberto Menéndez de Cabuérniga.

—¡Qué barbaridad! — exclamó la madre.

Don Victorino palideció, sin decir nada. Don Alberto Menéndez de Cabuérniga era un riquísimo hacendado, disoluto, caprichoso en punto a mujeres, de quien se decía que no reparaba en gastos para conseguirlas; casado, y separado de su mujer. Había casado ya a dos, dotándolas espléndidamente.

—¿Y qué me dices a eso, padre? ¿Te callas?

—¡Qué estás loca!

—No, no estoy loca ni veo visiones. Pasea la calle, rondea la casa. ¿Le digo que se entienda contigo?

—Me voy, porque si no esto acaba mal.

Y levantándose, el padre se fué de casa.

—¡Pero, hija mía, hija mía!

—Te digo, madre, que esto ya no le parece mal; te digo que era capaz de venderme a don Alberto.

La voluntad de la pobre muchacha se iba quebrando. Comprendía que hasta una venta sería una redención. Lo esencial era salir de casa, huir de su padre, fuese como fuese.

*
* *

Por entonces compró una dehesa en las cercanías de Renada — una de las más ricas y espaciosas dehesas, — un indiano, Alejandro Gómez. Nadie sabía bien de su origen, nadie de sus antecedentes; nadie le oyó hablar nunca ni de sus padres, ni de sus parientes, ni de su pueblo, ni de su niñez. Sabíase sólo que, siendo muy niño, había sido llevado por sus padres a Cuba primero, y a Méjico después, y que allí, ignorábase cómo había fraguado una enorme fortuna, una fortuna fabulosa, — hablábase de varios miles de duros, — antes de cumplir los treinta y cuatro años, en que volvió a España, resuelto a afincarse en ella. Decíase que era viudo y sin hijos, y corrían respecto a él las más fantásticas leyendas. Los que le trataban teníanle por hombre ambicioso y de vastos proyectos, muy voluntario, y muy tozudo, y muy reconcentrado. Alardeaba de plebeyo.

—Con dinero se va a todas partes, — solía decir.

—No siempre, ni todos, — le replicaban.

—¡Todos, no; pero los que han sabido hacerlo, sí! Un señoritingo de esos que lo ha heredado, un condesito o duquesín de alfeñique, no, no va a ninguna par-

te, por muchos millones que tenga; ¿pero yo? ¿Yo? ¿Yo, que he sabido hacerlo por mí mismo, a puño? ¿Yo?

¡Y había que oir cómo pronunciaba "yo"! En esta afirmación personal se ponía el hombre todo.

—Nada que de veras me haya propuesto, he dejado de conseguir. ¡Y si quiero, llegaré a ministro! Lo que hay es que yo no lo quiero.

*
* *

A Alejandro le hablaron de Julia, la hermosura monumental de Renada. "¡Hay que ver eso!" — se dijo. Y luego que la vió: "¡Hay que conseguirla!"

—¿Sabes padre, — le dijo un día al suyo Julia, — que ese fabuloso Alejandro, ya sabes, no se habla más que de él hace un tiempo..., el que ha comprado Carbajedo?...

—¡Sí, sí, quién es! ¿Y qué?

—¿Sabes que también ese me ronda?

—¿Es qué quieres burlarte de mí, Julia?

—No, no me burlo, va en serio; me ronda.

—¡Te digo que no te burles!...

—¡Ahí tienes su carta!

Y sacó del seno una, que echó a la cara de su padre.

—¿Y qué piensas hacer? — le dijo éste.

—¡Pues qué he de hacer!... Decirle que se vea contigo y que convengáis el precio!

Don Victorino atravesó con una mirada a su hija, y

se salió sin decirle palabra. Y hubo unos días de lóbrego silencio y de calladas cóleras en la casa. Julia había escrito a su nuevo pretendiente una carta-contestación henchida de sarcasmos y de desdenes, y poco después recibía otra con estas palabras, trazadas por mano ruda y en letras grandes, angulosas y claras: "Usted acabará siendo mía. Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone". Y al leerlo, se dijo Julia: "¡Este es un hombre! ¿Será mi redentor? ¿Seré yo su redentora?"

A los pocos días de esta segunda carta llamó don Victorino a su hija, se encerró con ella, y casi de rodillas y con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Mira, hija mía, todo depende ahora de tu resolución: nuestro porvenir y mi honra. Si no aceptas a Alejandro, dentro de poco no podré ya encubrir mi ruina y mis trampas, y hasta mis...

—No lo digas.

—No, no podré encubrirlo. Se acaban los plazos. Y me echarán a presidio. Hasta hoy he logrado parar el golpe... ¡por ti! ¡Invocando tu nombre! Tu hermosura ha sido mi escudo. '¡Pobre chica!", se decían.

—¿Y si le acepto?

—Pues bien; voy a decirte la verdad toda. Ha sabido mi situación, se ha enterado de todo, y ahora estoy ya libre y respiro, gracias a él. Ha pagado todas mis trampas; ha liberado mis...

—Sí, lo sé, no lo digas. ¿Y ahora?

—Que dependo de él, que dependemos de él, que vivo a sus expensas, que vives tú misma a sus expensas.

—Es decir, ¿qué me has vendido ya?

—No, nos ha comprado.

—¿De modo que, quieras que no, soy ya suya?

—¡No, no exige eso; no pide nada, no exige nada!

—¡Qué generoso!

—¡Julia!

—Sí, sí, lo he comprendido todo. Dile que, por mí, puede venir cuando quiera.

Y tembló después de decirlo. ¿Quién había dicho esto? ¿Era ella? No; era más bien otra que llevaba dentro y la tiranizaba.

—¡Gracias, hija mía, gracias!

El padre se levantó para ir a besar a su hija; pero ésta, rechazándole, exclamó:

—¡No, no me manches!

—Pero hija.

—¡Vete a besar tus papeles! O mejor las cenizas de aquellos que te hubiesen echado a presidio.

*
* *

—¿No le dije yo a usted, Julia, que Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone? ¿Venirme con aquellas cosas a mí? ¿A mí?

Tales fueron las primeras palabras con que el joven indiano potentado se presentó a la hija de don Victorino, en la casa de éste. Y la muchacha tembló ante aquellas palabras, sintiéndose, por primera vez en su vida ante un hombre. Y el hombre se le ofreció más rendido y menos grosero que ella esperaba.

A la tercera visita, los padres les dejaron solos. Julia temblabla. Alejandro callaba. Temblor y silencio se prolongaron un rato.

—Parece que está usted mala, Julia. — dijo él.
—¡No, no; estoy bien!
—Entonces, ¿por qué tiembla así?
—Algo de frío acaso...
—No, sino miedo.
—¿Miedo? ¿Miedo de qué?
—¡Miedo... a mí!
—¿Y por qué he de tenerle miedo?
—¡Sí, me tiene miedo!
Y el miedo reventó, deshaciéndose en llanto. Julia lloraba desde lo más hondo de las entrañas, lloraba con el corazón. Los sollozos le agarrotaban, faltábale el respiro.
—¿Es que soy algún ogro? — susurró Alejandro.
—¡Me han vendido! ¡Me han vendido! ¡Han traficado con mi hermosura! ¡Me han vendido!
—¿Y quién dice eso?
—¡Yo, lo digo yo! ¡Pero no, no seré de usted..., sino muerta!
—Serás mía, Julia, serás mía. ¡Y me querrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¡Pues no faltaba más!
Y hubo en aquel "a mí" un acento tal, que se le cortó a Julia la fuente de las lágrimas, y como que se le paró el corazón. Miró entonces a aquel hombre, mientras una voz le decía: "¡Este es un hombre!"
—¡Puede usted hacer de mí lo que quiera! No sé... No sé lo que me digo...
—¿Qué es eso de que puedo hacer de ti lo que quiera?
—Sí, que puede...
—Pero es que lo que yo — y este "yo" resonaba triunfador y pleno, — quiero es hacerte mi mujer.
A Julia se le escapó un grito, y con los grandes ojos hermosísimos irradiando asombro, se quedó mirando al

hombre, que sonreía y se decía: "Voy a tener la mujer más hermosa de España".

—¿Pues qué creías?...

—Yo creí..., yo creí...

Y volvió a romper el pecho en lágrimas ahogantes. Sintió luego unos labios sobre sus labios y una voz que le decía:

—Sí, mi mujer, la mía..., mía..., mía... ¡Mi mujer legítima, claro está! ¡La ley sancionará mi voluntad! ¡O mi voluntad la ley!

—¡Sí..., tuya!

Estaba vencida. Y se concertó la boda.

* * *

¿Qué tenía aquel hombre rudo y hermético que, a la vez que le daba miedo, se le imponía? Y, lo que era más terrible, le imponía una especie de extraño amor. Porque ella, Julia, no quería querer a aquel aventurero, que se había propuesto tener por mujer a una de las más hermosas, y hacer que luciera sus millones; pero, sin querer quererle, sentíase rendida a una sumisión que era una forma de enamoramiento. Era algo así como el amor que debe encenderse en el pecho de una cautiva para un arrogante conquistador. ¡No la había comprado, no! ¡Habíala conquistado!

"Pero qué, —se decía Julia,— ¿me quiere de veras ¿Me quiere a mí? ¿A mí?, como suele decir él. ¡Y cómo lo dice! ¡Cómo pronuncia "yo"! ¿Me quiere a mí, o es

que no busca sino lucir mi hermosura? ¿Seré para él algo más que un mueble costosísimo y rarísimo? ¿Estará de veras enamorado de mí? ¿No se saciará pronto de mi encanto? De todos modos, va a ser mi marido, y voy a verme libre de este maldito hogar, libre de mi padre. ¡Porque no vivirá con nosotros, no! Le pasaremos una pension, y que siga insultando a mi pobre madre, y que se enrede con las criadas. Evitaremos que vuelva a entramparse. ¡Y seré rica, inmensamente rica!".

Mas esto no la satisfacía del todo. Sabíase envidiada por las renatenses, y que hablaban de su suerte loca, y de que su hermosura le había producido cuanto podía producirla. Pero, ¿la quería aquel hombre? ¿La quería de veras? "Yo he de conquistar su amor, — decíase. — Necesito que me quiera de veras; no puedo ser su mujer sin que me quiera, pues eso sería la peor forma de venderse. ¿Pero es que yo le quiero?" Y ante él sentíase sobrecogida, mientras una voz misteriosa, brotada de lo más hondo de sus entrañas, le decía: "¡Este es un hombre!" Cada vez que Alejandro decía "yo", ella temblaba. Y temblaba de amor, aunque creyese otra cosa o lo ignorase.

*

* *

Se casaron, y fuéronse a vivir a la corte. Las relaciones y amistades de Alejandro eran, merced a su fortuna, muchas, pero algo extrañas. Los más de los que frecuentaban su casa, aristócratas de blasón no pocos,

antojábasele a Julia que debían de ser deudores de su marido, que daba dinero a préstamos con sólidas hipotecas. Pero nada sabía de los negocios de él, ni éste le hablaba nunca de ellos. A ella no le faltaba nada; podía satisfacer hasta sus menores caprichos; pero le faltaba lo que más podía faltarle. No era el amor de aquel hombre a quien se sentía subyugada y como por él hechizado, sino la certidumbre de aquel amor. "¿Me quiere o no me quiere?" — se preguntaba. Me colma de atenciones, me trata con el mayor respeto, aunque algo como a una criatura voluntariosa; hasta me mima; ¿pero me quiere?" Y era inútil querer hablar de amor, de cariño con aquel hombre.

—Solamente los tontos hablan de esas cosas, — solía decir Alejandro—. "Encanto..., rica..., hermosa.... querida..." ¿Yo? ¿Yo esas cosas? ¡Con esas cosas a mí? ¿A mí? Esas son cosas de novelas. Y ya sé que a ti te gustaba leerlas.

—Y me gusta todavía.

—Pues lee cuantas quieras. Mira, si te empeñas, hago construir en ese solar que hay ahí al lado, un gran pabellón para biblioteca y te la lleno de todas las novelas que se han escrito desde Adán acá.

—¡Qué cosas dices!...

Vestía Alejandro de la manera más humilde y más borrosa posible. No era tan sólo que buscase pasar, por el traje, inadvertido: era que afectaba cierta ordinariez plebeya. Le costaba cambiar de vestidos, encariñándose con los que llevaba. Diríase que el día mismo en que estrenaba un traje se frotaba con él en las paredes para que pareciese viejo. En cambio, insistía en que ella, su mujer, se vistiese con la mayor elegancia posible y del modo que más hiciese resaltar su natural hemosura. No era nada tacaño en pagar; pero lo que mejor y más

a gusto pagaba eran las cuentas de modistos y modistas, eran los trapos para su Julia.

Complacíase en llevarla a su lado y que resaltara la diferencia de vestido y porte entre uno y otra. Recreábase en que las gentes que se quedasen mirando a su mujer, y si ella a su vez, coqueteando, provocaba esas miradas, o no lo advertía él, o más bien fingía no advertirlo. Parecía ir diciendo a aquellos que la miraban con codicia de la carne: "¿Os gusta, eh? Pues me alegro; pero es mía, y sólo mía; conque... ¡rabiad!" Y ella, adivinando este sentimiento, se decía: "¿Pero me quiere o no me quiere este hombre?" Porque siempre pensaba en él como en "este hombre", como en "su hombre". O mejor, el hombre de quien era ella, el amo. Y poco a poco, se le iba formando alma de esclava de harém, de esclava favorita, de única esclava, pero de esclava al fin.

Intimidad entre ellos, ninguna. No se percataba de qué era lo que pudiese interesar a su señor marido. Alguna vez se atrevió ella a preguntarle por su familia.

—¿Familia? — dijo Alejandro—. Yo no tengo hoy más familia que tú, ni me importa. Mi familia soy yo, yo y tú, que eres mía.

—¿Pero y tus padres?

—Haz cuenta que no los he tenido. Mi familia empieza en mí. ¡Yo me he hecho solo!

—Otra cosa querría preguntarte, Alejandro, pero no me atrevo...

—¿Qué no te atreves? ¿Es que te voy a comer? ¿Es que me he ofendido nunca de nada de lo que me hayas dicho?

—No, nunca, no tengo queja...

—¡Pues no faltaba más!

—No, no tengo queja, pero...

—Bueno, pregunta y acabemos.
—No, no te lo pregunto.
—¡Pregúntamelo!
Y de tal modo lo dijo, con tan redondo egoísmo, que ella, temblando de aquel modo, que era, a la vez que miedo, amor, amor rendido de esclava favorita, le dijo:
—Pues bueno, dime: ¿tú eres viudo?
Pasó como una sombra un leve fruncimiento de entrecejo por la frente de Alejandro, que respondió:
—Sí, soy viudo.
—¿Y tu primera mujer?
—A ti te han contado algo...
—No, pero...
—A ti te han contago algo, di.
—Pues sí, he oído algo...
—¿Y lo has creído?
—No..., no lo he creído.
—Claro, no podías, no debías creerlo.
—No, no lo he creído.
—Es natural. Quien me quiere como me quieres tú, quien es tan mía como tú lo eres, no puede creer esas patrañas.
—Claro que te quiero... — y al decirlo esperaba provocar una confesión recíproca de cariño.
—Bueno, ya te he dicho que no me gustan frases de novelas sentimentales. Cuanto menos se diga que se le quiere a uno, mejor...
Y, después de una breve pausa, continuó:
—A ti te han dicho que me casé en Méjico, siendo yo un mozo, con una mujer inmensamente rica y mucho mayor que yo, con una vieja millonaria, y que la obligué a que me hiciese su heredero y la maté luego. ¿No te han dicho eso?
—Sí, eso me han dicho.

—¿Y lo creiste?

—No, no lo creí. No pude creer que matases a tu mujer.

—Veo que tienes aún mejor juicio que yo creía. ¿Cómo iba a matar a mi mujer, a una cosa mía?

¿Qué es lo que hizo temblar a la pobre julia al oir esto? Ella no se dió cuenta del origen de su temblor, pero fué la palabra cosa aplicada por su marido a su primera mujer.

—Habría sido una absoluta necedad, — prosiguió Alejandro. — ¿Para qué? ¿Para heredarla? ¡Pero si yo disfrutaba de su fortuna, lo mismo que disfruto hoy de ella! ¡Matar a la propia mujer! ¡No hay razón ninguna para matar a la propia mujer!

—Ha habido maridos, sin embargo, que han matado a sus mujeres — se atrevió a decir Julia.

—¿Por qué?

—Por celos, o porque les faltaron ellas...

—¡Bah, bah, bah! Los celos son cosa de estúpidos. Sólo los estúpidos pueden ser celosos, porque sólo a ellos les puede faltar su mujer. ¿Pero a mí? ¿A mí? A mí no me puede faltar mi mujer. ¡No pudo faltarme aquélla, no me puedes faltar tú!

—No digas esas cosas. Hablemos de otras.

—¿Por qué?

—Me duele oirte hablar así. ¡Como si me hubiese pasado por la imaginación, ni en sueños, faltarte!...

—Lo sé, lo sé sin que me lo digas; sé que no me faltarás nunca.

—¡Claro!

—Que no puedes faltarme. ¿A mí? ¿Mi mujer? ¡Imposible! Y en cuanto a la otra, a la primera, se murió ella sin que yo la matara.

Fué una de las veces en que Alejandro habló más a su mujer. Y ésta quedóse pensativa y temblorosa. ¿La quería, sí o no, aquel hombre?

*
* *

¡Pobre Julia! Era terrible aquel su nuevo hogar, tan terrible como el de su padre. Era libre, absolutamente libre; podía hacer en él lo que se le antojase, salir y entrar, recibir a las amigas y aun amigos que prefiriera. ¿Pero la quería o no su amo y señor? La incertidumbre del amor del hombre la tenía como presa en aquel dorado y espléndido calabozo de puerta abierta.

Un rayo de sol naciente entró en las tempestuosas tinieblas de su alma esclava, cuando se supo encinta de aquel su señor marido. "Ahora sabré si me quiere o no", se dijo.

Cuando le anunció la buena nueva, exclamó aquél:

—Lo esperaba. Ya tengo un heredero y a quien hacer un hombre, otro hombre como yo. Le esperaba.

—¿Y si no hubiera venido? — preguntó ella.

—¡Imposible! Tenía que venir. ¡Tenía que tener un hijo yo, yo!

—Pues hay muchos que se casan y no lo tienen...

—Otros, sí. ¡Pero yo, no! Yo tenía que tener un hijo.

—¿Y por qué?

—Porque tú no podías no habérmelo dado.

Y vino el hijo; pero el padre continuó tan hermético. Sólo se opuso a que la madre criara al niño.

—No, yo no dudo de que tengas salud y fuerzas para

ello, pero las madres que crían se estropean mucho, y yo no quiero que te estropees: yo quiero que te conserves joven el mayor tiempo posible.

Y sólo cedió cuando el médico le aseguró que, lejos de estropearse, ganaría Julia con criar al hijo, adquiriendo una mayor plenitud su hermosura.

El padre rehusaba besar al hijo. "Con eso de los besuqueos no se hace más que molestarlos", decía. Alguna vez lo tomaba en brazos y se le quedaba mirando.

—¿No me preguntabas una vez por mi familia? —dijo un día Alejandro a su mujer—. Pues aquí la tienes. Ahora tengo ya familia, y quien me herede y continúe mi obra.

Julia pensó preguntar a su marido cuál era su obra, pero no se atrevió a ello. "¡Mi obra! ¿Cuál sería la obra de aquel hombre?" Ya otra vez le oyó la misma expresión.

De las personas que más frecuentaban la casa eran los condes de Bordaviella, sobre todo él, el conde, que tenía negocios con Alejandro, quien le había dado a préstamo usurario cuantiosos caudales. El conde solía ir a hacerle la partida de ajedrez a Julia, aficionada a ese juego, y a deshogar en el seno de la confianza de su amiga, la mujer de su prestamista, sus infortunios domésticos. Porque el hogar condal de los Bordaviella era un pequeño infierno, aunque de pocas llamas. El conde y la condesa ni se entendían ni se querían. Cada uno de ellos campaba por su cuenta, y ella, la condesa, daba cebo a la maledicencia escandalosa. Corría siempre una adivinanza a ella atañedera: "¿Cuál es el cirineo de tanda del conde de Bordaviella?"; y el pobre conde iba a casa de la hermosa Julia a hacerle partida de ajedrez y a consolarse de su desgracia buscando la ajena.

—¿Qué, habrá estado también hoy el conde ese? —preguntaba Alejandro a su mujer.

—El conde ese..., el conde se..., ¿qué conde?

—¡Ese! No hay más que un conde, y un marqués, y un duque.. O para mí todos son iguales y como si fuesen uno mismo.

—¡Pues sí ha estado!

—Me alegro, si eso te divierte. Es para lo que sirve el pobre mentecato.

—Pues a mí me parece un hombre inteligente, y culto, y muy bien educado, y muy simpático...

—Sí, de los que leen novelas. Pero, en fin, si esto te distrae...

—Y muy desgraciado...

—¡Bah; él tiene la culpa!

—¿Y por qué?

—Por ser tan majadero. Es natural lo que le pasa. A un mequetrefe como el conde ese, es muy natural que le engañe su mujer. ¡Si eso no es un hombre! No sé cómo hubo quién se casó con semejante cosa. Por supuesto, que no se casó con él, sino con el título. ¡A mí me había de hacer una mujer lo que a ese desdichado le hace la suya...!

Julia se quedó mirando a su marido, y de pronto, sin darse apenas cuenta de lo que decía, exclamó:

—¿Y si te hiciese? Si te saliese tu mujer como a él le ha salido la suya.

—Tonterías — y Alejandro se echó a reir—. Te empeñas en sazonar nuestra vida con sal de libros. Y si es que quieres probarme dándome celos, te equivocas. ¡Yo no soy de esos! ¿A mí con esas? ¿A mí? Diviértete en embromar al majadero de Bordaviella.

"¿Pero será cierto que este hombre no siente celos? —se decía Julia—. ¿Será cierto que le tiene sin cuida-

do que el conde venga y me ronde y me corteje como me está rondando y cortejando? ¿Es seguridad en mi fidelidad y cariño? ¿Es seguridad en su poder sobre mí? ¿Es indiferencia? ¿Me quiere o no me quiere?'' Y empezaba a exasperarse. Su amo y señor marido le estaba torturando el corazón.

La pobre mujer se obstinaba en provocar celos en su marido, como piedra de toque de su querer, mas no lo conseguía.

—¿Quieres venir conmigo a casa del conde?

—¿A qué?

—¡Al te!

—¿Al te? No me duelen las tripas. Porque en mis tiempos y entre los míos no se tomaba esa agua sucia más que cuando le dolían a uno las tripas. ¡Buen provecho te haga! Y consuélale un poco al pobre conde. Allí estará también la condesa con su último amigo, el de turno. ¡Vaya una sociedad! ¡Pero, en fin, eso viste!

*
* *

En tanto, el conde proseguía el cerco de Julia. Fingía estar acongojado por sus desventuras domésticas para así excitar la compasión de su amiga, y por la compasiión llevarla al amor, y al amor culpable.

—Sí, Julia, es verdad; mi casa es un infierno, un verdadero infierno, y hace usted bien en compadecerme como me compadece. ¡Ah si nos hubiésemos conocido antes! ¡Antes de yo haberme uncido a mi desdicha! Y usted...

—Yo a la mía, ¿no es eso?
—¡No, no; no quería decir eso..., no!
—¿Pues qué es lo que usted quería decir, conde?
—Antes de haberse usted entregado a ese otro hombre, a su marido...
—¿Y usted sabe que me habría entonces entregado a usted?
—¡Oh, sin duda, sin duda!...
—¡Qué petulantes son ustedes los hombres!
—¿Petulantes?
—Sí, petulantes. Ya se supone usted irresistible.
—¡Yo... no!
—¿Pues quién?
—¿Me permite que se lo diga, Julia?
—¡Diga lo que quiera!
—¡Pues bien, se lo diré! Lo irresistible habría sido, no yo, sino mi amor. ¡Sí, mi amor!
—¿Pero es una declaración en regla, señor conde? Y no olvide que soy una mujer casada, honrada, enamorada de su marido...
—Eso...
—¿Y se permite usted dudarlo? Enamorada, sí, como me lo oye, enamorada, sinceramente enamorada de mi marido.
—Pues lo que es él...
—¿Es? ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dicho a usted que él no me quiere?
—¡Usted misma!
—¿Y? ¿Cuándo le he dicho yo a usted que Alejandro no me quiere? ¿Cuándo?
—Me lo ha dicho con los ojos, con el gesto, con el porte...
—¡Ahora me va a salir con que he sido yo quien le he estado provocando a que me hagar el amor...! ¡Mi-

re usted, señor conde, esta va a ser la última vez que venga a mi casa!

—¡Por Dios, Julia!

—¡La última vez, he dicho!

—Por Dios, déjeme venir a verla, en silencio, a contemparla, a enjugarme, viéndola, las lágrimas que lloro hacia adentro...

—¡Qué bonito!

—Y lo que le dije que tanto pareció ofenderle...

—¿Pareció? ¡Me ofendió!

—Lo que le dije, y que tanto la ofendió, fué tan sólo que si nos hubiésemos conocido antes de haberme yo entregado a mi mujer y usted a su marido, yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero...

—¡Señor conde!...

—¡Déjeme desnudarme el corazón! Yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero, y habría conquistado su amor con el mío. No con mi valor, no; no con mi mérito, sino sólo a fuerza de cariño. Que no soy yo, Julia, de esos hombres que creen domeñar y conquistar a la mujer con su propio mérito, por ser quienes son; no soy de esos que exigen se les quiera, sin dar, en cambio, su cariño. En mí, pobre noble venido a menos, no cabe tal orgullo.

Julia absorbía lentamente y gota a gota el veneno.

—Porque hay hombres — prosiguió el conde — incapaces de querer, pero que exigen que se les quieran, y creen tener derecho al amor y a la fidelidad incondicionales de la pobre mujer que se les rinda. Hay quienes toman una mujer hermosa y famosa por su hermosura para envanecerse de ello, de llevarla al lado como podrían llevar una leona domesticada, y decir: "Mi leona; ¿véis cómo está rendida?" ¿Y por eso querría a su leona?

—Señor conde..., señor conde, que está usted entrando en un terreno...

Entonces el de Bordaviella se le acercó aun más, y casi al oído, haciéndola sentir en la oreja, hermosísima rosada concha de carne entre zarcillos de pelo castaño, refulgante, el cosquilleo de su aliento entrecortado, le susurró:

—Donde estoy entrando es en tu conciencia, Julia.

El tú arreboló la oreja culpable. El pecho de Julia ondeaba como el mar al acercarse la galerna.

—Sí, Julia, estoy entrando en tu conciencia.

—¡Déjeme, por Dios, señor conde, déjeme! ¡Si entrase él ahora!...

—No, él no entrará. A él no le importa nada de ti. El nos deja así, solos, porque no te quiere... ¡No, no te quiere! ¡No te quiere, Julia, no te quiere!

—Es que tiene absoluta confianza en mí...

—¡En ti, no! En sí mismo. ¡Tiene absoluta confianza, ciego, en sí mismo! Cree que a él, por ser él, Alejandro Gómez, el que ha fraguado una fortuna..., no quiero saber cómo..., cree que a él no es posible que le falte mujer alguna. A mí me desprecia, lo sé...

—Sí, le desprecia a usted...

—¡Lo sabía! Pero tanto como a mí te desprecia a ti...

—¡Por Dios, señor conde, por Dios, cállese, que me está matando!...

—Quien te matará es él, él, tu marido. ¡Y no serás la primera!

—¡Eso es una infamia, señor conde; eso es una infamia! ¡Mi marido no mató a su mujer! ¡Y váyase, váyase; váyase y no vuelva!...

—Me voy, pero... volveré. Me llamarás tú.

Y se fué, dejándola malherida en el alma. "¿Tendrá

razón este hombre? — se decía—. ¿Será así? Porque él me ha revelado lo que yo no quería decirme a mí misma. ¿Será verdad que me desprecia? ¿Será verdad que no me quiere?"

*
* *

Empezó a ser pasto de los cotarros de maledicencia de la corte lo de las relaciones entre Julia y el conde de Bordaviella. Y Alejandro, o no se enteraba de ello, o hacía como si no se enterase. A algún amigo que empezó a hecerle veladas insinuaciones le atajó diciéndole: "Ya sé lo que me va usted a decir, pero déjelo. Esas no son más que habladurías de las gentes. ¿A mí? ¿A mí con esas? ¡Hay que dejar que las mujeres románticas se hagan las intersantes!" ¿Sería un...? ¿Sería un cobarde?

Pero una vez que en el Casino se permitió uno, delante de él, una broma de ambiguo sentido respecto a cuernos, cogió una botella y se la arrojó a la cabeza, descalabrándole. El escándalo fué formidable.

—¡A mí? ¿A mí con bromitas de esas? — decía con voz y su tono más contenidos—. Como si no le entendiese... Como si no supiera las necedades que corren por ahí, entre los majaderos, a propósito de los caprichos novelescos de mi pobre mujer... Y estoy dispuesto a cortar de raíz esas hablillas...

—Pero no así, don Alejandro — se atrevió a decirle uno.

—¡Pues cómo? ¡Dígame cómo!

—¡Cortando la raíz y motivo de las tales hablillas!

—¡Ah, ya! ¿Qué prohiba la entrada del conde en mi casa?

—Sería lo mejor...

—Eso sería dar la razón a los maldicientes. Y yo no soy un tirano. Si a mi pobre mujer le divierte el conde ese, que es un perfecto y absoluto mentecato, se lo juro a usted, es un mentecato inofensivo, que se las echa de tenorio...; si a mi pobre mujer le divierte ese fantoche, ¿voy a quitarle la diversión porque los demás mentecatos den en decir esto o lo otro? ¡Pues no faltaba más!... Pero, ¿pegármela a mí? ¿A mí? ¡Ustedes no me conocen!

—Pero, don Alejandro; las apariencias...

—¡Yo no vivo de apariencias, sino de realidades!

Al día siguiente se presentaron en casa de Alejandro dos caballeros, muy graves, a pedirle una satisfacción en nombre del ofendido.

—Díganle ustedes — les contestó — que me pase la cuenta del médico o cirujano que le asista, y que la pagaré, así como los daños y perjuicios a que haya lugar.

—Pero, don Alejandro...

—¿Pues qué es lo que ustedes quieren?

—¡Nosotros, no! El ofendido exige una reparación... una satisfacción..., una explicación honrosa...

—No les entiendo a ustedes..., ¡o no quiero entenderles!

—¡Y si no, un duelo!

—¡Muy bien! Cuando quiera. Díganle que cuando quiera. Pero para eso no es menester que ustedes se molesten. No hacen falta padrinos. Díganle que en cuanto se cure de la cabeza..., quiero decir, del botellazo..., que me avise, que iremos donde él quiera, nos encerramos y la emprendemos uno con otro a trompada y a

patada limpias. No admito otras armas. Y ya verá quién es Alejandro Gómez.

—¡Pero, don Alejandro, usted se está burlando de nosotros! — exclamó uno de los padrinos.

—¡Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres, de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni tengo otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada, y no quiero entender esas andróminas del Código de honor. ¡Conque ya lo saben ustedes!

Levantáronse los padrinos, y uno de ellos, poniéndose muy solemne, con cierta energía, mas no sin respeto — que al cabo se trataba de un poderoso millonario y hombre de misteriosa procedencia — exclamó:

—Entonces, señor don Alejandro Gómez, permítame que se lo diga...

—Diga usted todo lo que quiera, pero midiendo sus palabras, que ahí tengo a la mano otra botella.

—¡Entonces — y levantó la voz—, señor don Alejandro Gómez, usted no es un caballero!

—¡Y claro que no lo soy, hombre, claro que no lo soy! ¿Caballero yo? ¿Cuándo? ¿De dónde? Yo me crié burrero y no caballero, hombre. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie y andando. ¡Claro que no soy un caballero! ¿Caballerías? ¿Caballerías a mí? ¿A mí? Vamos..., vamos...

—Vámonos, sí — dijo un padrino al otro—, que aquí no hacemos ya nada. Usted, señor don Alejandro, sufrirá las consecuencias de esta su incalificable conducta.

—Entendido, y a ellas me atengo. Y en cuanto a ese..., a ese caballero de lengua desenfrenada a quien

descalabré la cabeza, díganle, se lo repito, que me pase la cuenta del médico, y que tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y ustedes, si alguna vez — que todo pudiera ser — necesitaran algo de este descalificado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, pueden acudir a mí, que les serviré, como he servido y sirvo a otros caballeros.

—¡Esto no se puede tolerar, vámonos! — exclamó uno de los padrinos.

Y se fueron.

*

* *

Aquella noche contaba Alejandro a su mujer la escena de la entrevista con los padrinos, después de haberle contado lo del botellazo, y se regodeaba en el relato de su hazaña. Ella le oía despavorida.

—¿Caballero yo? ¿Yo caballero? — exclamaba él. — ¿Yo? ¿Alejandro Gómez? ¡Nunca! ¡Yo no soy más que un hombre, pero todo un hombre, nada menos que todo un hombre!

—¿Y yo? — dijo ella, por decir algo.

—¿Tú? ¡Toda una mujer! Y una mujer que lee novelas. ¡Y él, el condesito ese del ajedrez, un nadie, nada más que un nadie! ¿Por qué te he de privar el que te diviertas con él como te divertirías con un perro faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un gatito de Angora, o un tití, y le acaricies y hasta le besuquées, ¿voy a coger el perrito, o el michino, o el tití, y voy a echarlos por el balcón a la calle? ¡Pues estaría

bueno! Mayormente, que podían caerle encima a uno que pasase. Pues lo mismo es el condesito ese, otro gozquecillo, o michino, o tití. ¡Diviértete con él cuanto te plazca!

—Pero, Alejandro, tienen razón en lo que te dicen... Tienes que negarle la entrada a ese hombre...

—¿Hombre?

—Bueno. Tienes que negarle la entrada al conde de Bordaviella.

—¡Niégasela tú! Cuando no se la niegas, es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón. Porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él, ya le habrías despachado para defenderte del peligro.

—¿Y si estuviera interesada?...

—¡Bueno, bueno...! ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo de querer darme celos! ¿A mí? ¿Pero cuándo te convencerás, mujer, de que no soy como los demás?

*

* *

Cada vez comprendía menos Julia a su marido, pero cada vez se encontraba más subyugada a él y más ansiosa de asegurarse de si le quería o no. Alejandro, por su parte, aunque seguro de la fidelidad de su mujer, o mejor de que a él, Alejandro — ¡nada menos que todo un hombre, — no podía faltarle su mujer — ¡la suya! — diciéndose: "A esta pobre mujer le está trastornando la vida de la corte y la lectura de novelas", decidió llevarla al campo. Y se fueron a una de sus dehesas.

—Una temporadita de campo te vendrá muy bien —le dijo—. Eso templa los nervios. Por supuesto, si es que piensas aburrirte sin tu michino, puedes invitarle al condezuelo ese a que nos acompañe. Porque sabes que yo no tengo celos, y estoy seguro de ti, de mi mujer.

Allí, en el campo, las cavilaciones de la pobre Julia se exacerbaron. Aburríase grandemente. Su marido no la dejaba leer.

—Te he traído para eso, para apartarte de los libros y cortar de raíz tu neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor...

—¿Mi neurastenia?

—¡Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo ello la tienen los libros.

—¡Pues no volveré a leer más!

—No, yo no exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo. ¿Te he exigido nunca nada?

—No. ¡Ni siquiera exiges que te quiera!

—¡Naturalmente, como que eso no se puede exigir! Y, además, como sé que me quieres y no puedes querer a otro... Después de haberme conocido y de saber, gracias a mí, lo que es un hombre, no puedes ya querer a otro, aunque te lo propusieras. Te lo aseguro yo... Pero no hablemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelerías. Esas son bobadas para hablar con condesitos al tomar el te.

Vino a aumentar la congoja de la pobre Julia el que llegó a descubrir que su marido andaba en torpes enredos con una criada zafia y nada bonita. Y una noche, después de cenar, encontrándose los dos solos, la mujer dijo de pronto:

—No creas, Alejandro, que no me he percatado del lío que traes con la Simona...

—Ni yo lo he ocultado. Pero eso no tiene importancia. Siempre gallina, amarga la cocina.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres demasiado hermosa para diario.

La mujer tembló. Era la primera vez que su marido la llamaba así, a boca llena: hermosa. Pero, ¿la quería de veras?

—¡Pero con ese pingo!... — dijo Julia, por decir algo.

—Por lo mismo. Hasta su mismo desaseo me hace gracia. No olvides que yo casi me crié en un estercolero, y tengo algo de lo que un amigo mío llama la voluptuosidad del pringue. Y ahora, después de este entremés rústico, apreciaré mejor tu hermosura, tu elegancia y tu pulcritud.

—No sé si me estás adulando o insultando.

—¡Bueno! ¡La neurastenia! ¡Y yo que te creía en camino de curación!...

—Por supuesto, vosotros, los hombres, podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

—¿Quién te ha faltado?

—¡Tú!

—¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí me da un pitoche de la Simona, ni...

—¡Claro! ¡Ella es para ti como una perrita, o una gatita, o una mona!

—¡Una mona, exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has dicho: una mona! ¿Pero he dejado por eso de ser tu marido?

—Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

—¡Claro, todo se pega!

—¿Pero de mí, por supuesto, y no del michino?

—¡Claro que de ti!

—Pues bueno, no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¿Mi mujer? ¿Y de esa mona? Y en cuanto a ella, ¡la doto, y encantada!

—Claro, en teniendo dinero...

—Y con esa dote se casa volando, y le aporta ya al marido, con la dote, un hijo. Y si el hijo sale a su padre, que es nada menos que todo un hombre, pues el novio sale con doble ganancia.

—¡Calla, calla, calla!

La pobre Julia se echó a llorar.

—Yo creí — concluyó Alejandro — que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar!

A los dos días de esto volvíanse a la corte.

*
* *

Y Julia volvió a sus congojas, y el conde de Bordaviella a sus visitas, aunque con más cautela. Y ya fué ella, Julia, la que, exasperada, empezó a prestar oídos a las venenosas insinuaciones del amigo, pero sobre todo a hacer ostentación de la amistad ante su marido, que alguna vez se limitaba a decir: "Habrá que volver al campo y someterte a tratamiento".

Un día, en el colmo de la exasperación, asaltó Julia a su marido, diciéndole:

—¡Tú no eres un hombre, Alejandro, no, no eres un hombre!

¿Quién, yo? ¿Y por qué?

—¡No, no eres un hombre, no lo eres!

—Explícate.

—Ya sé que no me quieres, que no te importa de mí nada, que no soy para ti ni la madre de tu hijo; que no te casaste conmigo nada más que por vanidad, por jactancia, por exhibirme, por envanecerte con mi hermosura, por...

—¡Bueno, bueno; esas son novelerías! ¿Por qué no soy hombre?

—Ya sé que no me quieres...

—Bueno, ¿y qué más?...

—Pero eso de que consientas que el conde, el michino, como tú le llamas, entre aquí a todas horas...

—¡Quién lo consiente eres tú!

—¿Pues no he de consentirlo, si es mi amante? Ya lo has oído, mi amante. ¡El michino es mi amante!

Alejandro permaneció impasible mirando a su mujer. Y ésta, que esperaba un estallido del hombre, exaltándose aun más, gritó:

—¿Y qué? ¿No me matas ahora, como a la otra?

—Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino sea tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y si sigues así, va acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

—¿Loca? ¿Loca yo?

—¡De remate! ¡Llegarse a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Cómo si mi mujer pudiese faltarme a mí! ¡A mí! Alejandro Gómez no es ningún michino; ¡es nada menos que todo un hombre! Y no, no conseguirás lo que buscas, no conseguirás que yo te regale los oídos con palabras de novelas y de tes danzantes o condelas. Mi casa no es un teatro.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! — gritó ya Julia, fuera de sí—. ¡Cobarde!

—Aquí va a haber que tomar medidas — dijo el marido.

Y se fué.

* * *

A los dos días de esta escena, y después de haberla tenido encerrada a su mujer durante ellos, Alejandro la llamó a su despacho. La pobre Julia iba aterrada. En el despacho la esperaban, con su marido, el conde de Bordaviella y otros dos señores.

—Mira, Julia — le dijo con terrible calma su marido. — Estos dos señores son dos médicos alienistas, que vienen, a petición mía, a informar sobre tu estado para que podamos ponerte en cura. Tú no estás bien de la cabeza, y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

—¿Y qué haces tú aquí, Juan? — preguntó Julia al conde, sin hacer caso a su marido.

—¿Lo ven ustedes? — dijo éste dirigiéndose a los médicos. — Persiste en su alucinación; se empeña en que este señor es...

—¡Sí, es mi amante! — le interrumpió ella. — Y si no, que lo diga él.

El conde miraba al suelo.

—Ya ve usted, señor conde — dijo Alejandro al de Bordaviella — cómo persiste en su locura. Porque us-

ted no ha tenido, no ha podido tener ningún género de esas relaciones con mi mujer...

—¡Claro que no! — exclamó el conde.

—¿Lo ven ustedes? — añadió Alejandro volviéndose a los médicos.

—Pero, cómo — gritó Julia, — ¿te atreves tú, tú, Juan, tú, mi michino, a negar que he sido tuya?

El conde temblaba bajo la mirada fría de Alejandro, y dijo:

—Repórtese, señora, y vuelva en sí. Usted sabe que nada de eso es verdad. Usted sabe que si yo frecuentaba esta casa era como amigo de ella, tanto de su marido como de usted misma, señora, y que yo, un conde de Bordaviella, jamás afrentaría así a un amigo como...

—Como yo — le interrumpió Alejandro. — ¿A mí? ¿A mí? ¿A Alejandro Gómez? Ningún conde puede afrentarme, ni puede mi mujer faltarme. Ya ven ustedes, señores, que la pobre está loca...

—¿Pero también, tú Juan? ¿También tú, michino? — gritó ella. — ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Mi marido te ha amenazado, y por miedo, por miedo, cobarde, cobarde, cobarde, no te atreves a decir la verdad y te prestas a esta farsa infame para declararme loca. ¡Cobarde, cobarde, villano! Y tú también, como mi marido...

—¿Lo ven ustedes, señores? — dijo Alejandro a los médicos.

—Bueno; ahora, señor mío — dijo Alejandro, dirigiéndose al conde, — nosotros nos vamos, y dejemos que estos dos señores facultativos, a solas con mi pobre mujer, completen su reconocimiento.

El conde le siguió. Y ya fuera de la estancia, le dijo Alejandro:

—Conque ya lo sabe usted, señor conde: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella las tapas de los sesos. Usted escogerá.

—Lo que tengo que hacer es pagarle lo que le debo, para no tener más cuentas con usted.

—No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Conque quedamos en que mi mujer está loca de remate, y usted es un tonto de capirote. ¡Y ojo con ésta! — y le enseñó una pistola.

Cuando, algo después, salían los médicos del despacho de Alejandro, decíanse:

—Esta es una tremenda tragedia. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer sino declararla loca? Por que, de otro modo, ese hombre la mata a ella y le mata a ese desdichado conde.

—Pero, ¿y la conciencia profesional?

—La conciencia consiste en evitar un crimen mayor.

—¿No sería mejor declararle loco a él, a don Alejandro?

—No, él no es loco: es otra cosa.

—Nada menos que todo un hombre, como dice él.

—¡Pobre mujer! ¡Daba pena oirla! Lo que yo me temo es que acabe por volverse de veras loca.

—Pues con declararla tal, acaso la salvemos. Por lo menos, se la apartaría de esta casa.

Y, en efecto, la declararon loca. Y con esa declaración fué encerrada por su marido en un manicomio.

Toda una noche espesa, tenebrosa y fría, sin estrellas, cayó sobre el alma de la pobre Julia al verse encerrada en el manicomio. El único consuelo que le dejaban es el de que le llevaran casi a diario a su hijito para que lo viera. Tomábalo en brazos y le bañaba la carita con sus lágrimas. Y el pobrecito niño lloraba sin saber por qué.

—¡Ay, hijo mío, hijo mío! — le decía. — ¡Si pudiese sacarte toda la sangre de tu padre!... ¡Porque es tu padre!

Y a solas se decía la pobre mujer, sintiéndose al borde de la locura: "¿Pero no acabaré por volverme de veras loca en esta casa, y creer que no fué sino sueño y alucinación lo de mi trato con ese infame conde? ¡Cobarde, sí, cobarde, villano! ¡Abandonarme así! ¡Dejar que me encerraran aquí! ¡El michino, sí, el michino! Tiene razón mi marido. Y él, Alejandro, ¿por qué no nos mató? ¡Ah, no! ¡Esta es más terrible venganza! ¡Matarle a ese villano michino!... No, humillarle, hacerle mentir y abandonarme. ¡Temblaba ante mi marido, sí, temblaba ante él! ¡Ah, es que mi marido es un hombre! ¿Y por qué no me mató? ¡Otelo me habría matado! Pero Alejandro no es Otelo, no es tan bruto como Otelo. Otelo era un moro impetuoso, pero poco inteligente. Y Alejandro... Alejandro tiene una poderosa inteligencia al servicio de su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no necesitó matar a su primera mujer: la hizo morir. Se murió ella de miedo ante él. ¿Y a mí me quiere?"

Y allí, en el manicomio, dió otra vez en trillar su corazón y su mente con el triturador dilema: "¿Me quiere o no me quiere?" Y se decía luego: "¡Yo sí que le quiero! ¡Y ciégamente!"

Y por temor a enloquecerse de veras, se fingió curada, asegurando que habían sido alucinaciones lo de su trato con el de Bordaviella. Avisáronselo al marido.

Un día llamaron a Julia adonde su marido la esperaba, en un locutorio. Entró en él, y se arrojó a sus pies sollozando:

—¡Perdóname, Alejandro, perdóname!

—Levántate, mujer — y la levantó.

—¡Perdóname!

—¿Perdonarte? ¿Pero de qué? Si me habían dicho que estabas ya cura..., que se te habían quitado las alucinaciones...

Julia miró a la mirada fría y penetrante de su marido con terror. Con terror y con un loco cariño. Era un amor ciego, fundido con un terror no menos ciego.

—Sí, tienes razón, Alejandro, tienes razón; he estado loca, loca de remate. Y por darte celos, nada más que por darte celos, inventé aquellas cosas. Todo fué mentira. ¿Cómo iba a faltarte yo? ¿Yo? ¿A ti? ¿A ti? ¿Me crees ahora?

—Una vez, Julia — le dijo con voz de hielo su marido—, me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer, y, por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Y qué me dijiste?

—¡Que no, que no lo creía, que no podía creerlo!

—Pues ahora yo te digo que no creí nunca, que no pude creer que tú te hubieses entregado al michino ese. ¿Te basta?

Julia temblaba, sintiéndose al borde de la locura; de la locura de terror y de amor fundidos.

—¿Y ahora — añadió la pobre mujer abrazando a su marido y hablándole al oído—, ahora, Alejandro, dime ¿me quieres?

Y entonces vió en Alejandro, su pobre mujer, por vez primera, algo que nunca antes en él viera; le descubrió un fondo del alma terrible y hermética que el hombre de la fortuna guardaba celosamente sellado. Fué como si un relámpago de luz tempestuosa alumbrase por un momento el lago negro, tenebroso de aquella alma, haciendo relucir su sobrehaz. Y fué que vió asomar dos lágrimas en los ojos fríos y cortantes como navajas de aquel hobre. Y estalló:

—¡Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¡Con toda el alma, y con toda la sangre, y con todas las entrañas; más que a mí mismo! Al principio cuando nos casamos, no. ¿Pero ahora? ¡Ahora sí! Ciegamente, locamente. Soy yo tuyo más que tú mía.

Y besándola con furia animal, febril, encendido, como loco, balbuceaba: "¡Julia! ¡Julia! ¡Mi diosa! ¡Mi todo!"

Ella creyó volverse loca al ver desnuda el alma de su marido.

—Ahora quisiera morirme, Alejandro — le murmuró al oído, reclinando la cabeza sobre su hombro.

A estas palabras, el hombre pareció despertar y volver en sí como un sueño; y como si se hubiese tragado con los ojos, ahora otra vez fríos y cortantes, aquellas dos lágrimas, dijo:

—Esto no ha pasado, ¿eh Julia? Ya lo sabes, pero yo no he dicho lo que he dicho... ¡Olvídalo!

—¿Olvidarlo?

—¡Bueno, guárdatelo, y como si no lo hubieses oído?

—Lo callaré...

—¡Cállatelo a ti misma!

—Me lo callaré, pero...

—¡Basta!

—¡Pero, por Dios, Alejandro, déjame un momento, un momento siquiera... ¿Me quieres por mí, por mí, y aunque fuese de otro, o por ser yo cosa tuya?

—Ya te he dicho que lo debes olvidar. Y no me insistas, porque si insistes, te dejo aquí. He venido a sacarte, pero has de salir curada.

—¡Y curada estoy! — afirmó la mujer con brío.
Y Alejandro se llevó su mujer a su casa.

*
* *

Pocos días después de haber vuelto Julia del manicomio, recibía el conde de Bordaviella, no una invitación, sino un mandato de Alejandro para ir a comer a su casa.

"Como ya sabrá uste, señor conde — le decía en una carta—, mi mujer ha salido del manicomio completamente curada; y como la pobre, en la época triste de su delirio, le ofendió a usted gravemente, aunque sin intención ofensiva, suponiéndole capaz de infamias de que es usted, un perfecto caballero, absolutamente incapaz, le ruega, por mi conducto, que venga pasado mañana, jueves, a acompañarnos a comer, para darle las satisfacciones que a un caballero, como es usted, se le deben. Mi mujer se lo ruega y yo se lo ordeno. Porque si usted no viene ese día a recibir esas satisfacciones y explicaciones, sufrirá las consecuencias de ello. Y usted sabe bien de lo que es capaz

Alejandro Gómez".

El conde de Bordaviella llegó a la cita pálido, tembloroso y desencajado. La comida transcurrió en la más

lóbrega de las conversaciones. Se habló de todas las mayores frivolidades — los criados delante—, entre las bromas más espesas y feroces de Alejandro. Julia le acompañaba. Después de los postres, Alejandro, dirigiéndose al criado, le dijo: "Trae el te".

—¿Te? — se le escapó al conde.

—Sí, señor conde — le dijo el señor de la casa—. Y no es que me duelan las tripas, no; es para estar más a tono. El te va muy bien con las satisfacciones entre caballeros.

Y volviéndose al criado: "¡Retírate!"

Quedáronse los tres solos. El conde temblaba. No se atrevía a probar el te.

—Sírveme a mí primero, Julia — dijo el marido—. Y yo lo tomaré antes para que vea usted, señor conde, que en mi casa se puede tomar todo con confianza.

—Pero si yo...

—No, señor conde; aunque yo no sea un caballero, no mucho menos, no he llegado aún a eso. Y ahora mi mujer quiere darle a usted unas explicaciones.

Alejandro miró a Julia. Y ésta, lentamente, con voz fantasmática, empezó a hablar. Estaba espléndidamente hermosa. Los ojos le relucían con un brillo como de relámpago. Sus palabras fluían frías y lentas, pero se adivinaba que por debajo de ellas ardía un fuego consumidor.

—He hecho que mi marido le llame, señor conde — dijo Julia—, porque tengo que darle una satisfacción por haberle ofendido gravemente.

—¿A mí, Julia?

—¡No me llame usted Julia! Sí, a usted. Cuando me puse loca, loca de amor por mi marido, buscando a toda costa asegurarme de si me quería o no, quise tomarle a usted de instrumento para excitar sus celos, en

mi locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido. Y esto fué un embuste, y habría sido una infamia de mi parte si yo no hubiese estado como estaba loca. ¿No es así, señor conde?

—Sí, así, doña Julia...

—Señora de Gómez — corrigió Alejandro.

—Lo que le atribuí a usted, cuando le llamábamos mi marido y yo el michino... ¡perdónenoslo usted!

—¡Por perdonado!

—Lo que le atribuí entonces fué una acción villana e infame, indigna de un caballero como usted...

—¡Muy bien — agregó Alejandro—, muy bien! Acción villana e infame, indigna de un caballero: ¡muy bien!

—Y aunque, como le repito, se me puede y debe excusar en atención a mi estado de entonces, yo quiero, sin embargo, que usted me perdone. ¿Me perdona?

—Sí, sí, le perdono a usted todo; les perdono a ustedes todo — suspiró el conde más muerto que vivo y ansioso de escapar cuanto antes de aquella casa.

—¿A ustedes? — le interrumpió Alejandro—. A mí no me tiene usted nada que perdonar.

—¡Es verdad..., es verdad!

—Vamos, cálmese — continuó el marido—, que le veo a usted agitado. Tome otra taza de te. Vamos, Julia, sírvele otra taza al señor conde. ¿Quiere usted tila en ella?

—No..., no...

—Pues bueno, ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted le ha perdonado su locura, a mí no me queda sino rogarle que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Después de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpiéramos nuestras relaciones. Y ahora que mi

mujer está ya, gracias a mí, completamente curada, no corre usted ya peligro alguno con venir acá. Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, ahí les dejo a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreve a decírselo delante mío, o que yo, por delicadeza, no deba oir.

Y se salió Alejandro, dejándolos cara a cara y a cual de los dos más sorprendidos de aquella conducta. "¡Qué hombre!", pensaba él, el conde, y Julia: "¡Este es un hombre!"

Siguióse un abrumador silencio. Julia y el conde no se atrevían a mirarse. El de Bordaviella miraba a la puerta por donde saliera el marido.

—No — le dijo Julia, — no mire usted así; no conoce usted a mi marido, a Alejandro. No está detrás de la puerta espiando lo que digamos.

—¡Qué sé yo!... Hasta es capaz de traer testigos...

—¿Por qué dice usted eso, señor conde?

—¡Es que me acuerdo de cuando trajo a los dos médicos en aquella horrible escena en que me humilló cuanto más se puede y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca?

—Y así era la verdad, porque si no hubiese estado yo entonces loca no habría dicho, como dije, que era usted mi amante...

—Pero...

—¿Pero qué, señor conde?

—¿Es que quieren ustedes declararme a mí loco o volverme tal? ¿Es que va usted a negarme, Julia?...

—¡Doña Julia o señora de Gómez!

—¿Es que va usted a negarme, señora de Gómez, que, fuese por lo que fuera, acabó usted, no ya sólo aceptando mis galanteos...; no, galanteos, no; mi amor?

—¡Señor conde!...

—¿Que acabó, no sólo aceptándolos, sino que era usted la que provocaba y que aquello iba?...

—Ya le he dicho a usted, señor conde, que estaba entonces loca, y no necesito repetírselo.

—¿Va usted a negarme que empezaba yo a ser su amante?

—Vuelvo a repetirle que estaba loca.

—No se puede estar ni un momento más en ésta. ¡Adiós!

El conde tendió la mano a Julia, temiendo que se la rechazaría. Pero ella se la tomó y le dijo:

—Conque ya sabe usted lo que le ha dicho mi marido. Usted puede venir acá cuando quiera, y ahora que estoy yo gracias a Dios y a Alejandro, completamente curada, curada del todo, señor conde, sería de mal efecto que usted suspendiera sus visitas.

—Pero Julia...

—¿Qué? ¿Vuelve usted a las andadas? ¿No le he dicho que estaba entonces loca?

—A quien le van a volver ustedes loco, entre su marido y usted, es a mí...

—¿A usted? ¿Loco a usted? No me parece fácil...

—¡Claro! ¡El michino!

Julia se echó a reir. Y el conde, corrido y abochornado, salió de aquella casa decidido a no volver más a ella.

*
* *

Todas esas tormentas de su espíritu quebrantaron la vida de la pobre Julia, y se puso gravemente enferma, enferma de la mente. Ahora sí que parecía que de veras iba a enloquecer. Caía con frecuencia en delirios, en los que llamaba a su marido con las más ardientes y apasionadas palabras. Y el hombre se entregaba a los transportes dolorosos de su mujer procurando calmarla. "¡Tuyo, tuyo, tuyo, sólo tuyo y nada más que tuyo!", le decía al oído, mientras ella, abrazada a su cuello, se lo apretaba casi a punto de ahogarlo.

La llevó a la dehesa a ver si el campo la curaba. Pero el mal la iba matando. Algo terrible le andaba por las entrañas.

Cuando el hombre de fortuna vió que la Muerte le iba a arrebatar su mujer, entró en un furor frío y persistente. Llamó a los mejores médicos. "Todo era inútil", le decían.

—¡Sálvemela usted! — le decía al médico.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Sálvemela usted, sea como sea! ¡Toda mi fortuna, todos mis millones por ella, por su vida!

—Imposible, don Alejandro, imposible.

—¡Mi vida, mi vida por la suya! ¿No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre? Sáqueme toda la mía y désela a ella. Vamos, sáquemela.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¿Cómo imposible? ¡Mi sangre, toda mi sangre por ella!

—¡Sólo Dios puede salvarla!

—¿Dios? ¿Dónde está Dios? Nunca pensé en El.

Y luego a Julia, su mujer, pálida, pero cada vez más hermosa, hermosa con la hermosura de la inminente muerte, le decía:

—¿Dónde está Dios, Julia?

Y ella, señalándoselo con la mirada hacia arriba, poniéndosele con ellos los grandes ojos casi blancos, le dijo con hebra de voz:

—¡Ahí le tienes!

Alejandro miró al crucifijo, que estaba a la cabecera de la cama de su mujer, lo cogió y, apretándolo en el puño, le decía: "Sálvamela, sálvamela y pídeme todo, todo, todo, mi fortuna toda, mi sangre toda, yo todo... todo yo".

Julia sonreía. Aquel furor ciego de su marido le estaba llenando de una luz dulcísima el alma. ¡Qué feliz era al cabo! ¿Y dudó nunca de que aquel hombre la quisiese?

Y la pobre mujer iba perdiendo la vida gota a gota. Estaba marmórea y fría. Y entonces el marido se acostó con ella y la abrazó fuertemente, y quería darle todo su calor, el calor que se le escapaba a la pobre. Y la quiso dar su aliento. Estaba como loco. Y ella sonreía.

—Me muero, Alejandro, me muero.

—¡No, no te mueres — le decía él—, no puedes morirte!

—¿Es que no puede morirse tu mujer?

—No; mi mujer no puede morirse. Antes me moriré yo. A ver, que venga la Muerte, que venga. ¡A mí! ¡A

mí la Muerte! ¡Que venga!

—¡Ay, Alejandro, ahora lo doy todo por bien padecido!... ¡Y yo que dudé de que me quisieras!...

—¡Y no, no te quería, no! Eso de querer, te lo he dicho mil veces, Julia, son tonterías de libros. ¡No te quería, no! ¡Amor..., amor! Y esos miserables, cobardes, que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres. No, no es querer... No te quiero...

—¿Pues qué? — preguntó con la más delgada hebra de su voz, volviendo a ser presa de su vieja congoja, Julia.

—No, no te quiero... ¡Te... te... te..., no hay palabra! — y estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un estertor, un estertor de pena y de amor salvaje.

—¡Alejandro!

Y en esta débil llamada había todo el triste júbilo del triunfo.

—¡Y no, no te morirás; no te puedes morir; no quiero que te mueras! ¡Mátame, Julia, y vive! ¡Vamos, mátame, mátame!

—Sí, me muero.

—¡Y yo contigo!

—¿Y el niño, Alejandro?

—Que se muera también. ¿Para qué lo quiero sin ti?

—Por Dios, por Dios, Alejandro, que estás loco...

—Sí, yo, yo soy loco, yo el que estuve siempre loco..., loco de ti, Julia, loco de ti... Yo, yo el loco. ¡Y mátame, llévame contigo!

—Si pudiera...

—Pero no, mátame y vive, y sé tuya...

—¿Yo? ¡Si no puedo ser tuyo, de la Muerte!

Y la apretaba más y más, queriendo retenerla.

—Bueno, y al fin, dime, ¿quién eres, Alejandro? — le preguntó al oído Julia.

—¿Yo? ¡Nada más que tu hombre..., el que tú me has hecho!

—¡Alejandro!

Este nombre sonó como un susurro de ultramuerte, como desde la ribera de la vida, cuando la barca parte por el lago tenebroso.

Poco después sintió Alejandro que no tenía entre sus brazos de atleta más que un despojo. En su alma era noche cerrada y arrecida. Se levantó y quedóse mirando a la yerta y exánime hermosura. Nunca la vió tan espléndida. Parecía bañada por la luz del alba eterna después de la última noche. Y por encima de aquel recuerdo en carne ya fría sintió pasar, como una nube de hielo, su vida toda, aquella vida que ocultó a todos, hasta a sí mismo. Y llegó a su niñez terrible y a cómo se estremecía bajo los despiadados golpes del que pasaba por su padre, y cómo maldecía de él, y cómo una tarde, exasperado, cerró el puño, blandiéndole delante de un Cristo de la iglesia de su pueblo.

Salió al fin del cuarto, cerrando tras de sí la puerta. Y buscó al hijo. El pequeñuelo tenía poco más de tres años. Lo cogió el padre y se encerró con él. Empezó a besarlo con frenesí. Y el niño, que no estaba hecho a los besos de su padre, que nunca recibiera uno de él, y que acaso adivinó la salvaje pasión que los llenaba, se echó a llorar.

—¡Calla, hijo mío, calla! ¿Me perdonas lo que voy a hacer? ¿Me perdonas?

El niño callaba, mirando despavorido al padre, que buscaba en sus ojos, en su boca, en su pelo, los ojos, la

boca, el pelo de Julia.

—¡Perdóname, hijo mío, perdóname!

Se encerró un rato a arreglar su última voluntad. Luego se encerró de nuevo con su mujer, con lo que fué su mujer.

—Mi sangre por la tuya — le dijo, como si le oyera, Alejandro. — La muerte te llevó. ¡Voy a buscarte!

Creyó un momento ver sonreir a su mujer y que movía los ojos. Empezó a besarla frenéticamente por si así la resucitaba, a llamarla, a decirle ternezas terribles al oído. Estaba fría.

Cuando más tarde tuvieron que forzar la puerta de la alcoba mortuoria, encontránronle abrazado a su mujer y blanco del frío último, desangrado y ensangrentado.

Fabbri, Luis.—**¿Qué es la anarquía?** 0.10
Mariani, Mario.—**Las adolescentes** 0.30
Mariani, Mario.—**Las hermanitas** 0.30
Un tomo conteniendo: **Poesías**, de Andrés Cepeda; **El tren expreso**, de Campoamor, y **La leyenda del mojón**, de Juan Pedro López 0.20
Del Campo, Estanislao.—**Fausto** 0.20
Almafuerte.—**Poesías selectas** 0.40
Almafuerte.—**Poesías** (Edición especial) 1.50
Armand, E.—**Realismo e Idealismo** (Mezclados) . 1.—
Eduardo Ortega y Gasset.—**España encadenada.** La verdad sobre la dictadura .... 2.—
Tenars, Louis.—**Le Cure Bourgogne** 1.50
Trigo, Felipe.—**Las Posadas del Amor** 0.20
Obligado, Rafael.—**PPoesías Completas** 0.40
Retana, Alvaro.—**El Infierno de la Voluptuosidad** 0.20
Beguen José.—**Mis primeros novios** 0.20
Diálogos y monólogos 0.20
Unamuno, M.—**Nada menos que todo un hombre** 0.20
Varios autores.—**Versos y pensamientos para postales** 0.30
Retana, Alvaro.—**La vida galante** 0.20
Este Canell, A.—**La Portera del convento** 0.20
Elías, Luis.—**El perfume del amor** 0.20
Mena Alfredo, A.—**El velo del pudor** 0.20
Ryner Haux.—**Los Artesanos del porvenir** 0.40
Triple almanaque de los sueños para 1927 ...... 0.30
Demaría, Alcides.—**(Calixto el ñato). Poesías criollas** 0.20
Príncipe Azul.—**R. Valentino.** En la Vida y en la Muerte 0.20
Belda, Joaquín.—**La bajada de la cuesta** 0.20
Retana, Alvaro.—**La vida galante** 0.20
Canell, A. Est.—**La portera del convento** 0.20
Solari, Juan Antonio.—**Cosas y Tipos** 0.40
Solari, Juan Antonio. — **Cosas y Tipos** (papel pluma) .... 1.—

LOS POETAS

Becquer, Gustavo Adolfo.—**Rimas** 0.20
Birón, Lord.—**Poesías selectas** 0.20
Bravo, Mario.—**Canciones y Poemas** 0.20

Bufano, Alfredo R.—**Misa de requien y otras poesías**	0.20
Caggiano A., Antonio.—**Versos populares**	0.20
Calou, Juan P.—**Poemas póstumos**	0.20
Carducci, Josué.—**Nuevas Rimas**	0.20
Carrere, Emilio.—**Los ojos de los fantasmas**	0.20
Cervantes.—**Versos del Quijote**	0.20
Carriego, Evaristo.—**Misas Herejes y Poemas Póstumos**	0.50
D'Annunzio, Gabriel.—**Poesías líricas**	0.20
Darío, Rubén.—**Baladas y Canciones**	0.20
Jiménez, Juan Ramón.—**Elegías puras y lamentables**	0.20
Darío, Rubén.—**El canto errante**	0.20
Echeverría, Esteban.—**La cautiva**	0.20
Shakespeare, William.—**Sonetos**	0.20
Urbina, Luis G.—**Antología**	0.20
Vasseur, Armando.—**Cantos Augurales**	0.20
Palma, Ricardo.—**Armonías**	0.20
Fernández Espiro.—**Poesías Completas**	0.20
De Diego, Rafael.—**Las angustias**	0.20
Espronceda, J. de.—**Selección de Poesías**	0.20
Gabriel y Galán, J. M.—**Nuevas castellanas**	0.20
Goethe.—**Poesías líricas**	0.20
Guido y Spano.—**Poesías Completas**	0.80
Heine, Enrique.—**Poesías**	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—**Las lunas de oro**	0.20
Hugo, Víctor.—**Poesías**	0.20
Dante Alighieri.—**Poesías de Amor**	0.20
Mistral, Gabriela.—**Selección de Poesías**	0.20
Machado, Manuel.—**Caprichos**	0.20
López, Luis C.—**De mi villorrio y Posturas difíciles**	0.20
Isaacs, Jorge.—**Poesías completas**	0.20
Maturana, José de.—**Las fuentes del camino**	0.20
Santos Chocano.—**Alma América**	0.20
Silva Valdés, Fernán.—**Agua del tiempo**	0.20
Stechetti, Lorenzo.—**Póstuma**	0.20
Verlaine, Paul.—**La Buena canción**	0.20
Carriego, Evaristo.—**Poemas Póstumos**	0.20
Carriego, Evaristo.—**Misas herejes**	0.20
Guerra Junqueiro.—**La muerte de D. Juan**	0.50
Martí, José.—**Versos libres**	0.20
Méndez, Gervasio.—**Poesías completas**	0.20
Musset, Alfredo de.—**Poesías**	0.20
Mármol, José.—**Poesías escogidas**	0.20

Núñez de Arce, G.—**Poesías y Poemas cortos** 0.20
Valencia, Guillermo.—**PoPemas** 0.20
Nervo, Amado.—**La amada inmóvil** 0.20
Guerra Junqueiro.—**La vejez del Padre Eeterno** .. 0.20
Ibarbourou, Juana de.—**Raíz Salvaje** 0.20
Lamartine, Alfonso.—**Poesías Líricas** 0.20
Andrade, Olegario V.—**Poemas** 0.20
Ugarte, Manuel.—**Vendimias Juveniles** 0.20
Frugoni, Emilio.—**Poemas Montevideanos** 0.20
Machado, Antonio.—**Soledades y otros Poemas** .. 0.20
Agustini, Delmira.—**El Rosario de Eros** 0.20

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Climent, T. R. Dr.—**Higiene sexual del soltero y de la soltera** 0.20
Dupuy, R. Dr.—**La vida sexual** 0.20
Escanciano, J. J.—**La radiotelefonía vulgarizada** 0.20
Flammarion, Camilo.—**La Ciencia** 0.20
Forel, Augusto Dr.—**Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio** 0.20
Climent, F. de R. Dr.—**La prostitución clandestina** 0.20
Cournier y Bloch, Dres.—**La sífilis** 0.20
Cámbara, L. Dr.—**Historia de la doctrina natural** 0.20
Kuhne, Luis.—**¿Estoy sano o enfermo?** 0.20
Romero, L. D. Dr.—**¿Es contagiosa la tuberculosis?** 0.20
Sánchez de la Rivera, D. Dr.—**Profilaxis de las enfermedades sexuales** 0.20
Sighele, Escipión Dr.—**La mujer y el niño** 0.20
Sommer, Luis.—**Cómo se evitan los peligros de la lujuria** 0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—**Fenómenos sexuales** 0.20
Tairens Drangs, E. Dr.—**La mujer en el amor y la voluptuosidad** 0.40
Vargas Marty, F. A. Dr.—**El matrimonio, el divorcio y el adulterio** 0.20
Blech, Aimée.—**Enseñanza teosófica** 0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—**Estudios sexuales** 0.20
Gutiérrez Salazar, Luis.—**La Esterilidad** 0.20

LOS PENSADORES

Un tomo conteniendo: Los espectros, de **Leonidas Andreieff**; Misas herejes y otras poesías, de **Evaristo Carriego**; Los simples y otros poemas, de **Guerra Junqueiro**; El misionero, de **Almafuerte**; Idilios y fantasmas, de **Pío Baroja**; Lilian, de **Enrique Sienkiewicz**, y Memorias, de **Enrique Heine** .... 1.—
Un tomo conteniendo: Regalo de amante y Morada de Paz, de **Rabindranath Tagore**; **Lluria**; Defensa de la Internacional, de **Salmerón y Pí y Margall**, y Rusia en las tinieblas, de **H. J. Wells** 0.30
Lunacharsky, A.—**Don Quijote libertado** 0.30

TEATRO CONTEMPORANEO

Alvarez Quintero, S. y J.—**Cancionera** 0.20
Benavente, Jacinto.—**La Malquerida** 0.20
Benavente, Jacinto.—**Los ojos de los muertos** 0.20
Benavente, Jacinto.—**Los intereses creados** 0.20
Villaespesa, Francisco.—**La Leona de Castilla** .. 0.20
Romero y Fernández Shaw.—**Doña Francisquita** . 0.20
Muñoz Seca, Pedro.—**La venganza de Don Mendo** 0.20
Linares Rivas, Manuel.—**Primero vivir** 0.20
Alvarez Quintero, Serafín y Joaquín.—**Amores y Amoríos** 0.20
Dicenta, Joaquín.—**Juan José** 0.20
Martínez Sierra, G.—**Amanecer** 0.20

TEATRO NUEVO

González Castillo, José.—**Hermana mía** 0.40
Pico, Pedro E., y Juan León Bengoa.—**La grieta** 0.40
Defilippis Novoa, F.—**Los caminos del mundo** 0.20
Bellán, José Pedro.—**La Ronda del Hijo** 0.20
Samuel Eichelbaun.—**La hermana terca** 0.20
Guibourg, Edmundo.—**Cuatro Mujeres** 0.20
Rodríguez Prous, J. C.—**El rebaño negro** 0.20

NOVELAS DE AVENTURAS

Conan Doyle, A.—**Un crimen misterio**	0.20
Poe, Edgar Allan.—**Un viaje a la luna**	0.20
Salgari, Emilio.—**Los náufragos del Spitzberg** ..	0.20
Verne, Julio.—**Una invernada en los hielos**	0.20

LOS NUEVOS

Amorim, Enrique M.—**Tangarupá**	0.50
Barletta, Leonidas.—**Los Pobres**	0.50
Castelnuovo, Elías.—**Malditos**	1.—
Castelnuovo, Elías.—**Tinieblas**	1.—
Mariani, Roberto.—**Cuentos de la Oficina**	0.50
Yunque, Alvaro.—**Versos de la calle**	1.—

CLASICOS DEL AMOR

Florilegio del Amor (Lo que han dicho sobre el Amor los más grandes espíritus de la Humanidad)	0.30
Mauclair, Camilo.—**La magia del amor**	0.30
Morales San Martín, B.—**Fidelidad conyugal**	0.30
Nordau, Max.—**Cómo aman las mujeres**	0.30
Ovidio.—**Arte de amar**	0.30
Rueda, Salvador.—**La cópula**	0.30
Valle Inclán, R. del.—**Corte de amor**	0.30
Ingenieros, José.—**Estudios sobre el amor**	0.20

Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos. Los pedidos a la administración se remiten franco de porte.

EDITORIAL "CLARIDAD"

PEDRO ZAMORA
Administrador.

El próximo volumen de LA NOVELA LITERARIA lo ocupará una interesante novela de un famoso escritor argentino.

La Novela Literaria

Publicará obras de los mejores escritores, clásicos y modernos.

Coleccione esta publicación.

Nos permitimos recomendarle que lea

CLARIDAD

Contra el imperialismo Yanqui y **Por la libertad de los presos** están consagrados los dos números correspondientes al mes de abril.


EDITORIAL
CLARIDAD
DIRECCIÓN POSTAL:
CASILLA DE CORREO 736
BUENOS
AIRES